

HOMILÍA PRONUNCIADA CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO 1993-94 EN LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

MONS. FERNANDO SEBASTIÁN

Queridos Sacerdotes concelebrantes; Excmo. Rector; Claustro de Profesores; Alumnos y Amigos; Hermanos y Hermanas, en el Señor.

Ante todo quiero expresar, mi satisfacción por poder presidir hoy esta eucaristía y estar así a vuestro lado compartiendo la alegría, la expectativa también, de un nuevo curso académico. Sé bien lo que significa comenzar un nuevo curso: despertar todas las energías de la mente, del corazón para comenzar profesores y alumnos, y administrativos también, esta larga marcha, unas veces por lugares amenos y otras veces por desiertos esquivos, exigentes: pero todo ello con la voluntad y la seguridad de recoger una larga cosecha de sabiduría, de adquisiciones, de descubrimientos, de relaciones humanas, de preparación en el camino de la vida.

Para los universitarios es siempre un momento especialmente intenso lleno de sugerencias, como abrir una caja de sorpresas este comienzo del año universitario. Para algunos será la primera vez que comenzáis aquí un curso, como profesores, como administrativos, como estudiantes: en ese caso más expectativa, alegrías, temores; en cualquier caso vida, intensidad. Por eso mismo nuestra oración de hoy tiene que ser especialmente sincera, especialmente intensa. En esta eucaristía queremos pedir todos por todos para que el Señor os dé acierto; para que el Señor y Santa María la Madre de la Sabiduría os lleven de la mano en esa aventura hermosísima

de ir descubriendo la verdad de las cosas, la riqueza del mundo, la complejidad y la hermosura del ser personal, las sorpresas de la historia, las mil joyas que Dios ha dejado sembradas en toda su creación. Porque éste es el origen de la sabiduría y del amor del verdadero intelectual cristiano, saber que detrás de todo, está la sabiduría, la generosidad, la presencia callada y fecunda del Dios creador, del Dios bueno, del Dios salvador.

Algunos podrían pensar que esta celebración al comienzo del curso es poco menos que una rutina superflua. Si se trata de trabajar, de estudiar, de enseñar; para qué queremos venir a rezar. Apliquémonos cada uno con diligencia a nuestras obligaciones y todo saldrá bien; pero nosotros por la gracia de Dios creemos en Él, y sabemos que la luz del Dios que adoramos y amamos, ilumina la realidad de las cosas y que solamente guiados por el espíritu de Dios podemos llegar a descubrir la verdad profunda, el sentido último y auténticamente verdadero de todas las cosas que el Señor ofrece a nuestra mente para nuestra utilidad en su hermosa creación.

* * *

La meditación de los textos que han sido proclamados me da pie para presentaros unas cuantas ideas que podrían dar lugar a una auténtica espiritualidad del universitario, del investigador, del estudiante cristiano.

Porque creemos en un Cristo centro de la creación, auténticamente clave de la creación en su ser y en su verdad, en su interpretación, por eso mismo sabemos que la verdad profunda de las cosas no se manifiesta sino cuando la miramos con los ojos de Cristo.

A la luz de su misterio, de su humanidad, de su muerte y de su resurrección, desde esa cumbre de la esperanza cristiana, es desde donde se ven mejor las verdaderas dimensiones de todas las cosas y de todos los acontecimientos. Esta sabiduría profunda es un don de Dios que hemos de implorar cada día con humildad y con pureza de corazón, porque nosotros, cristianos, sabemos que la auténtica sabiduría humana no es sólo, no puede ser sólo, fruto del trabajo, es

ante todo don de la gracia, de la iluminación, de la bondad de Dios, cuando purifica y enriquece nuestro corazón.

Es cierto que las ciencias se mueven en un ámbito cerrado con su propia autonomía, pero la ciencia vive y se desarrolla en la mente del hombre, en relación con su visión global de las cosas y en relación también con sus aspiraciones más profundas, y ahí es donde se da la profunda integración y el mutuo enriquecimiento entre nuestros saberes humanos y la iluminación de Dios, ahí es donde la sabiduría del espíritu de Dios sana, santifica, enriquece y ahonda nuestros conocimientos humanos y nuestra vida entera.

Por eso en esta celebración queridos hermanos, pedimos a Dios con auténtica verdad la sabiduría verdadera y profunda, queremos que la muerte y la resurrección, que el gran amor de Jesús limpie nuestros ojos y aliente nuestros corazones, queremos que la verdad de Jesús, la verdad que guió su vida sea también la que guíe la nuestra y que todas nuestras pequeñas verdades se integren, se articulen y adquieran su verdadero sentido injertadas en esta gran verdad de Jesús.

Queremos que el Espíritu Santo, que Jesucristo difunde en los corazones de quienes creen en él, nos guíe en el conocimiento amoroso y reverente de la realidad del mundo, de las complejidades físicas y espirituales del ser humano, del laberinto de nuestra sociedad, de los sufrimientos y necesidades de todos nuestros hermanos.

Por eso nuestro estudio, el curso que comenzamos, en vez de ser un itinerario aséptico, exclusivamente académico, puede ser una vía de santificación: si de verdad caminamos por él con *reverencia*, porque detrás de las cosas que estudiamos en los áridos textos de cada disciplina, esta la mente, está la mano generosa de Dios.

Con *gratitud*, porque todo lo que descubrimos son dones: dones son los profesores que nos entregan lo que saben, dones son los compañeros, dones son todos los que nos ayudan a caminar, a seguir adelante en nuestro *curriculum*, dones de Dios son todas las cosas que descubrimos con sorpresa, con admiración y también con gratitud orante.

Con *responsabilidad*. Comenzar un curso en esta Universidad de Navarra es un gran don, es una fortuna. No todos pueden venir

aquí, por eso estar aquí es adquirir una gran responsabilidad, la de ser los mejores o por lo menos intentar ser los mejores y dar con generosidad para el bien de los demás, de la Iglesia, de la sociedad, lo que generosamente estáis recibiendo.

Con *esfuerzo y abnegación*; no hay lugar en una Universidad católica, no puede haber lugar para la pereza, para las trampas, para la irresponsabilidad. El esfuerzo, la abnegación, el cumplimiento exigente de nuestras obligaciones ha de ser nuestra mejor oración, nuestro mejor agradecimiento, el mayor ejercicio de amor y de responsabilidad hacia el prójimo que podemos hacer en estos momentos.

Y por eso con generosa *solidaridad*; lo que Dios nos da, no nos lo da solo para nosotros, nos lo da para que fructifique en favor de todos sus hijos, muchos de ellos bastante más necesitados que nosotros.

Si lo pensamos así, este curso, además de ser un escalón en vuestra carrera, en vuestra preparación profesional, será también un escalón en vuestro crecimiento como personas, como cristianos. Un curso académico no tiene importancia solamente en el proceso de la vida profesional, sino que también tiene importancia decisiva, en el proceso de vuestro crecimiento humano y espiritual, para ir alcanzando esa talla de hijos de Dios a la cual todos hemos sido llamados, en la grandeza, en la luminosidad, en la hermosura que irradia en el rostro de Cristo.

Que la Virgen María Madre y Maestra de Cristo que es la Sabiduría, Madre y Maestra de la sabiduría espiritual, os ayude en todo momento a hermanar la sabiduría humana de las ciencias, digna, valiosa, venerable, con la sabiduría profunda del espíritu; de la contemplación religiosa del mundo, visto desde el amor sobrenatural de Dios y del prójimo.

Mons. Fernando Sebastián
Arzobispo de Pamplona
PAMPLONA